



Claudio Figueroa Grenett
Doctor en Psicología PUC
Académico Carrera de Psicología, UST Iquique

Los hombres y el Día del Amor

“Cuando la experiencia del amor puede volverse aterradora por la educación recibida”.

Muy probablemente existen decenas de millones de libros, canciones y productos audiovisuales con el amor como tópico central. No es extraño: el amor atraviesa toda la experiencia humana. “Nunca estamos tan indefensos contra el sufrimiento como cuando amamos”, nos dice Sigmund Freud en una cita tan célebre como brillante, que apunta al “problema” que nos plantea el amor, ese sentimiento de búsqueda y necesidad de unión con otro ser que suele volverse inquietante.

En las sociedades patriarcales, ese temor puede adquirir caminos extremos por la forma en que se fabrica la idea del “buen hombre”. En general, se educa a los hombres para el mundo externo, para la autosuficiencia, para el cálculo racional y el control de las emociones. Sin embargo,

la experiencia amorosa exige precisamente lo contrario: volverse permeable, vulnerable y, en definitiva, exponerse radicalmente al otro. Por eso, para la masculinidad normativa, para el modo en que hemos sido educados como “buenos hombres”, la experiencia de amor puede ser aterradora.

No es casualidad que, cuando se pregunta por intimidad y comunicación en las encuestas, muchas mujeres informen que desearían más apertura emocional de sus parejas varones y mayor disposición a conversar sobre los problemas. Por su parte, muchos hombres reconocen que tienden a guardar lo que sienten. Tampoco es casualidad que otros estudios sugieran que los hombres, frente a las demandas válidas de compartir emociones que

les comunican sus parejas, respondan con conductas defensivas y de retraimiento. A partir de ahí podría comenzar a instalarse una dinámica de crítica, culpa y evitación. Crítica, porque el otro no nombra lo que siente ni aborda el problema. Culpa, porque la conversación se convierte en la búsqueda de un responsable. Y evitación, porque hablar empieza a sentirse amenazante. Con el tiempo, este círculo vicioso se experimenta como desamor. Esta tragedia afectiva, si bien puede ser comprendida a partir de los mandatos culturales sobre la masculinidad, también exige reconocer la influencia de la historia personal: lo que cada uno aprendió sobre cómo pedir, confiar y mostrarse vulnerable.

En el contexto del Día del Amor, parece

necesario revisar tanto la historia personal desde la cual amamos como los mandatos culturales que moldean nuestros vínculos y, no pocas veces, nuestros fracasos. Este día, capturado por las demostraciones públicas y el guion publicitario de la pareja ideal en la sociedad de consumo, también puede resignificarse como una pausa ritual de comunicación, es decir, un momento para que, especialmente los hombres, aprendamos a poner en palabras lo que sentimos y a construir un mundo afectivo compartido.

Hay que empezar por algo, al menos por un puñado de palabras sinceras, verosímiles y cuidadosas. Al final, toda palabra es una demanda, y toda demanda es una demanda de amor.